

Impresionada por el Señor

El 25 de abril de 2014 se celebra el 10º aniversario de la beatificación de Sor **Eusebia Palomino Yenes**. El papa **Juan Pablo II**, en la homilía de esta ceremonia acude al evangelio de la pesca milagrosa para decir que los discípulos volvieron a echar las redes cuando sintieron que el Señor estaba con ellos y los enviaba. Porque “sabían bien que era el Señor” (Jn 21, 12).

Los discípulos, confiados en su palabra, se dejaron impresionar por Él. No solo su ánimo se altera positivamente sino que también la persona de Jesús queda impresa en sus propias personas, de tal suerte que podrán luego reproducirla. Y es que Dios se regala de este modo... y cuando una persona oye su voz y se deja "imprimir" por Él su existencia se ilumina y se transforma en Él.

Eusebia se dejó impresionar por el Señor

Eusebia “sintió que el Señor estaba con ella y la enviaba, por eso se dejó impresionar por Él. En dicha homilía, el papa Juan Pablo II, sigue diciendo: “También sor Eusebia Palomino oyó un día la llamada de Dios y respondió a través de una intensa espiritualidad y una profunda humildad en su vida diaria... Lo importante para ella era amar y servir; el resto no contaba, fiel a la máxima salesiana del “*da mihi animas, cetera tolle*”. Es precisamente ésta la máxima que el Rector Mayor, don Pascual Chávez, reto-

ma en el Aguinaldo 2014 para invitarnos a *acudir a la experiencia espiritual de Don Bosco, para caminar en santidad según nuestra vocación específica “la gloria de Dios y la salvación de las almas”, con su lema “Da mihi animas, cetera tolle”*. Sor Eusebia se dejó impresionar por el Señor y lo manifestó por todos los poros de su existencia hasta el último momento de su vida.

Retazos de su vida

Eusebia Palomino Yenes fue una Hija de María Auxiliadora, nació el 15 de diciembre de 1899 en Cantalpino (Salamanca) y murió el 10 de febrero de 1935, en Valverde del Camino (Huelva, España).

Sus padres, **Agustín y Juana**, eran personas muy sencillas y de gran fe. Vivían en una reducida y pobre casita, a la que Eusebia gustaba llamar “*mi choza, mi paraiso*”. Su padre, persona de gran bondad y dulzura, trabajaba como bracero temporal al servicio de los terratenientes de los alrededores; mientras su madre, mujer humilde y sencilla, se dedicaba al cuidado de su casa y de sus hijos. Durante los inviernos en los que no había trabajo, Agustín, tenía que pedir limosna en los pueblos cercanos. A veces se hacía acompañar de la pequeña que saltaba, corría y cantaba por donde iba.

Todavía era muy pequeña cuando, para ayudar a su familia, tuvo que dejar la escuela con





el fin de cuidar a sus hermanos y a niños de otras familias del pueblo. Tenía doce años cuando se trasladó a Salamanca donde trabajó como niñera. Los domingos iba al oratorio festivo (Centro Juvenil) de las Hermanas, lugar en el que jugaba, recibía clases, rezaba y... donde descubrió su vocación salesiana. Invitada por las Hermanas comenzó a ayudar a la comunidad: cocina, orden de la casa, acompañando al grupo de estudiantes a la escuela... Pensaba: *"Si cumplo con diligencia mis deberes, tendré contenta a la Virgen María y podré un día ser su hija en el Instituto"*. Aunque, como era pobre y no tenía formación, creía que jamás la admitirían. Sin embargo, como Dios elige a los sencillos... Eusebia hizo su primera profesión, consagrándose totalmente al Señor.

Fue destinada a la localidad onubense de Valverde del Camino. La crónica de la casa narra la desilusión de las chicas cuando vieron que sor Eusebia era pequeña y pálida, y tenía un aspecto insignificante... además un nombre feo. Eusebia, sin embargo, era feliz de *"estar en la casa del Señor por todos los días de su vida"*.

Aquella primera imagen de sor Eusebia pronto se desvaneció. Cuanto

más se la conocía, mayor era la atracción que su personalidad ejercía. Las chicas acudían a ella, le pedían que les hablara, les contara algo... ella les narraba con fe y sencillez historias misioneras, vidas de santos, anécdotas de Don Bosco... y les hablaba de Jesús y de María como de sus amigos más entrañables.

Es aquí en Valverde donde podemos contemplar a una persona totalmente enamorada de Cristo y configurada con él. Una persona que goza regalándose más y más, por lo que su fama de santidad iba creciendo vertiginosamente. No sólo las chicas se sentían atraídas por ella, sino que personas de todas las edades: pequeños, medianos y mayores, personas de toda índole y condición acudían con confianza a sor Eusebia en busca de consejos, consuelo, oraciones... Aun estando ya muy enferma, quien la visitaba podía sentir la fuerza moral y la luz de santidad que ella irradiaba.

El secreto de su entrega, de su felicidad, estaba en sus prolongados encuentros con Jesús y en su amor a María. Cuando murió todo el pueblo de Valverde, y de los alrededores repetía: *"Ha muerto una santa"*.

 Pilar Moreda